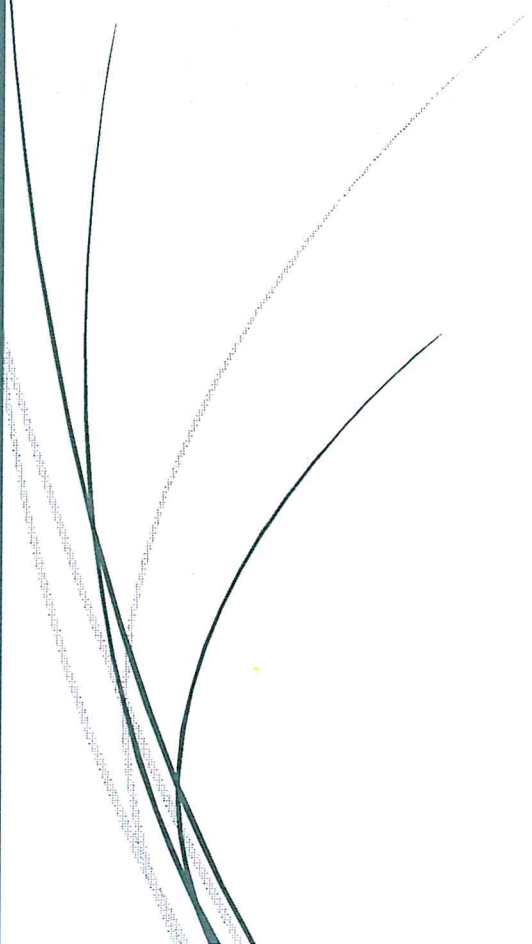


PARTICIPANTE: RELATO  
FLAMENCO 7

TÍTULO: Cuatro Manzanas

SEUDÓNIMO: Cangrejomoro

CATEGORÍA: Relatos flamencos



## CUATRO MANZANAS

En la sala de conferencias todo está preparado. La mesa con los micrófonos, la pizarra digital, las sillas donde reposan los panfletos de la exposición. En pocos minutos aparecerán los expertos y el público. Hoy, domingo de un noviembre lluvioso, Juan Bautista Carpio Dueñas se dispone a dar una charla sobre una de las piezas del museo de mayor relevancia en la historia de la Córdoba musulmana.

La sala se llena enseguida con los miembros de la Asociación Amigos del Museo Arqueológico, y entre ellos, una misteriosa mujer toma asiento en la zona más alejada. Sin quitarse la gabardina, de gris pálido, cubre su rostro con unas gafas de sol y bufanda carmesí. De su verdadera identidad se distingue una larga melena dorada que cae en cascada en forma de trenza por su hombro izquierdo.

Comienza la conferencia, la pizarra se pone en marcha. Después de una breve introducción histórica, en la pantalla se suceden una serie de imágenes de un objeto singular. En una barra vertical metálica hay colocadas cuatro esferas huecas de bronce de tamaño decreciente, de abajo hacia arriba. Cada una de aquellas bolas queda aislada por medio de mangos cilíndricos. Su cúspide la corona una cruz cristiana, y bajo ella una veleta remata la figura.

El experto explica entonces las características y funcionalidades simbólicas de cada uno de sus elementos. Que si adornaban lo más alto de las mezquitas, que si antiguamente la iglesia sustituyó su cruz por el lugar de la original media luna, que si los círculos representaban a los profetas del islam o a los mundos terrenales, celestiales y espirituales, que si consistía en un objeto apotropaico, cuya misión era proteger la rábida defendiéndola de lo sobrenatural, aislándola el mal y preservándola de lo desconocido. Incluso explicó que aquellas esferas eran en realidad manzanas cuyo

cometido era alejar a las serpientes, impidiendo que entraran y criaran dentro del monumento donde se colocaba.

Llega el momento de la presentación tangible de la obra. Un par de operarios irrumpen en la sala arrastrando un carro con algo tapado por una lona. Al descorrerla, queda a la vista la joya de la exposición: un Yamur. Parece algo deteriorado, pero su auténtica belleza no radica ahí, sino en todo el valor artístico y arqueológico que guarda celosamente cada poro de su metal. Al finalizar el encuentro, todos quedan largo rato preguntando al licenciado, quien concede respuestas y autógrafos. La mujer del fondo ha desaparecido.

Cuando el museo queda desierto, una sombra se acerca sigilosamente a la pieza. Al quedar frente a la lona, el cuerpo de la silueta sufre una extraña transformación. Su piel se vuelve escamosa, sus huesos y articulaciones dan paso a una interminable columna vertebral, y su color queda impregnando de un amarillo brillante. En el suelo quedan esparcidas unas gafas de sol, una gabardina gris pálido y una bufanda carmesí. De su interior emerge una inmensa boa. Aquella sibilina criatura se enrosca en la vitrina y descorre la tela. Le hace burlas al Yamur con su lengua viperina y sonrío emitiendo un silbido ensordecedor. Por fin puede ser libre, por fin aquel maléfico artefacto ya no la frenará, por fin esas manzanas ya no le harán daño.

Con el sinuoso bamboleo de su torso, la serpiente vuelve a ser mujer, y de nuevo con su disfraz se encamina hacia el aparcamiento. El maleficio se ha roto, las barreras que le impedían el paso han desaparecido, la mujer baja y arranca su coche rumbo al pueblo de Bujalance. Las líneas verticales de sus pupilas se dilatan al alcanzar la calle cercana al monumento, su destino está cerca.

Por fin llega, uno de los edificios más emblemáticos que cubren la retaguardia de la capital. Allí se afincará para el resto de su vida, allí anidará para depositar a su futura prole en el rincón más acogedor del Alcázar, su nueva conquista, su nuevo hogar.